

CÓMO LLEGUÉ A BAILAR EN PAREJA

César Monroy¹
Bogotá, Colombia

Bailar conmigo

Últimamente me he preguntado cómo fueron mis primeros pasos en el baile, quién me enseñó, qué me hizo dedicarme a la danza... Al tratar de recordar mis incipientes incursiones en el baile, solo vienen a mi memoria recuerdos fragmentados de fiestas familiares en donde los niños corríamos por entre los invitados, envueltos en una especie de juego-danzado, dando rienda suelta a nuestras fantasías en un mundo hecho de magia, como espacio lúdico que permitía romper las jerarquías entre niños y adultos, generando entre todos una complicidad creadora para apreciar, explorar y experimentar con músicas, pasos y movimientos provenientes del baile adulto, pero recreados y transformados según nuestra esencia de niños.

Ya un poco más grande, mi fantasía de crear un “circo invisible”, complicidad compartida por mis padres, hermanos y compañeros, fue instrumento eficaz y clave para el desarrollo y fortalecimiento de mis vínculos afectivos, autoestima, comunicación, etc. Muchos de mis pequeños amigos no contaron con el apoyo o acompañamiento de algún familiar que les secundara el gusto por jugar a bailar, con argumentos de que aquello era una pérdida de tiempo, que la danza es para niñas y que hacía que los niños se volvieran mariquitas.

¹ Reconocido estudioso e investigador de la lúdica y la danza, coreógrafo, realizador audiovisual, productor artístico y gestor cultural. Fue director del Área de danza del Centro de Investigaciones de Cultura Popular, ICBA, en la ciudad de Tunja. Laboró como Gerente del área de Danza del Instituto de Cultura y Turismo de la Alcaldía Mayor de Bogotá, creando eventos de gran formato como: "Ballet al Parque", "El Tango se toma a Bogotá", "Danza Mayor", "Recreo, los Niños quieren Bailar", "A Bailar con Salsa", "Danza en Espacios Insólitos", "La Esquina del Movimiento", "Asaltos Bailables" entre otros. Actualmente, es el Presidente Fundador de la Industria Creativa y Cultural Los Danzantes, entidad con la que ha sido creador de la Red Internacional Danza en Pareja, y fundador de festivales internacionales como la "Muestra Latinoamericana de Baile Folclórico por Pareja", el "Foro Expertos en Danza", la "Cumbre Latinoamericana Maestros de Danza Folclórica", "Estilos, Danza en Pareja", "Los Niños de Colombia Bailan", "Niños y Adolescentes de América Bailan" y "Los + Pequeños Bailan".

Se ha destacado como creador y realizador del programa DANZA Virtual, plataforma en las redes sociales como serie audiovisual que viaja a la memoria de toda la danza, con el propósito de construir un legado de Voces, Rostros y Pensamientos del arte danzado. Ha sido parte de equipos de investigadores sobre los diferentes aspectos de la danza, y también jurado, conferencista y tallerista de numerosos eventos tanto en su país como fuera de él.

Durante los cambios de mi adolescencia, me acompañó la incertidumbre y el temor de que al invitar a una chica a la pista de baile me respondiera “no gracias... no bailo... estoy muy cansada...” y tener que regresar rechazado en medio de las risas burlonas de mis amigos, lo que me obligo “a bailar con la más fea” como reza el dicho popular, es decir, conmigo mismo, así no tenía nada que perder ni nada que demostrar. Ese bailar “yo con yo” me obligó a descubrir mi cuerpo, mis tonos y mis propias formas de movimiento, me llevo a auto conocerme, a revelar cómo me movía y qué me caracterizaba, en pocas palabras cómo carajos bailaba yo y qué era lo me hacía diferente al bailar.

La danza me tenía guardada otra agradable sorpresa: me regaló la música, ella siempre había estado presente pero imperceptible para mí; noté que continuamente la usaba, pero nunca había bailado con ella, dejando que me hablara y que mis movimientos le correspondieran. No, hasta ese entonces había sido una conversación de sordos porque la música era solo un adorno, solo una pista rítmica sobre la cual yo me movía en un monologo corporal de auto satisfacción. No lo recuerdo bien, si fue a finales de mi adolescencia cuando la música me invitó, o yo la invite a bailar, no lo tengo muy claro, pero iniciamos a una relación de iguales como dialogo de pares “cuerpo-música” yuxtapuestas integradas como una sola, siendo el medio para contar historias y emociones coreo-musicales.

Cómo baila el otro/a

Durante mi juventud bebí de la fuente del arte danzado recorriendo innumerables fiestas, ferias y carnavales de la Colombia rural. Sin embargo, me quedé atrapado en la región del nororiente andino, gozando de sus paisajes y sonidos y bailando sus historias como forma de tejer la memoria colectiva de su territorio. En estos “ires y venires” fueron los mismos campesinos quienes me permitieron conocer sus estilos de bailar torbellinos, rumbas y merengues, mientras los conjugaban con retahílas, trabalenguas, adivinanzas y rondas infantiles. Entendí que estos pobladores estaban juntos, pero no revueltos, se conocían desde niños lo que les permitía saber cómo baila el otro o la otra, eran una común unidad y por eso la fiesta era el espacio colectivo a través del cual se complementaban como pareja.

Contrario a lo que acontece en los grupos folclóricos urbanos, en donde es común que el director arranque a un par de bailarines de las entrañas de una coreografía grupal, para que, sin ninguna

modificación coreográfica, interpreten la misma danza como un baile en pareja. Muchos directores le repiten a sus bailarines: “aquí no tengo estrellas y todos deben bailar con todos”, negándoles el proceso de conocer y apreciar la manera de bailar del otro/a, es decir: yo le muestro mi forma de danzar y él o ella me muestra sus modos de baile, reconociendo individualmente sus talentos y fortalezas corporales, para acumularlas y potenciarlas cuando sean pareja de baile.

Fue largo el tiempo que dediqué a la observación, a solo mirar cómo era la manera de bailar de ellos y, por separado, de ellas, logrando entender que todo, como parte del dialogo corporal, bailaba con ellos, objetos y vestuarios.

Bailar en pareja

Mi tránsito para llegar a bailar en pareja fue largo y de mucha paciencia. Primero debí construir día a día, en cada ensayo, la relación artística con mi pareja, proceso similar a un compromiso amoroso políticamente correcto: primero la amistad, después el noviazgo y finalmente el matrimonio. En estas fases, tanto en el amor como en el baile, es común buscar a mi “media naranja” para completarnos y así convertirme los dos en una sola “naranja entera”, pero si mi “media naranja” deja de bailar conmigo, yo vuelvo a quedar incompleto. Lo que se requiere entender es que nadie es la “media naranja” de nadie y al bailar somos dos individuos con identidades propias, con roles definidos, cada uno está “completo”, obteniendo como resultado la suma de habilidades y fortalezas, para de esta manera complementarse en los caminos de la danza. Pero es solo en algunos momentos especiales y por breves instantes en los que nos “*unimos, como uno*” y es allí cuando el movimiento se convierte en arte y se hace visible el éxtasis, la poesía, el más allá de la danza, para luego regresar a los flujos naturales del movimiento, esto es *Bailar en Pareja*.

Después de este largo proceso de aprender a bailar conmigo mismo, con la música, con el otro/a, con mi pareja, pensaba que ya estaba listo para bailar, pero no, todo ello era solo la entrada al maravilloso universo de la danza, me faltaba aún abrir muchas puertas. Cuando decidí abrir la primera, descubrí que antes de bailar debía conocer en profundidad los orígenes de cada danza, sus características, su esencia, sus antecedentes históricos y sociales, con el propósito de no caer en la simple repetición de pasos y figuras. No quería ser un intérprete imitador de movimientos, calcando coreografías aprendidas sin ninguna capacidad creativa en la ejecución del baile.

La siguiente fue la puerta de la dramaturgia, la que me mostró el inicio de un relato, su desarrollo, el conflicto y el desenlace, el cómo narrar una historia al danzar. La tercera puerta me enfrentó a entender los cuerpos y su relación con el espacio, las calidades de sus extensiones, las fuerzas y desplazamientos amplios, pensados para una única pareja en la escena.

Con lo anterior llegué a la última puerta, la que me proponía el rescatar ese hilo conductor, ese vaso comunicante, que se da con la mirada, con el gesto, con las acciones danzadas, la relación de pareja. Si lograba salir de ese laberinto con la lección aprendida, mi danza tendría como recompensa un mensaje claro, contundente, creíble, conectado con el público, *mi verdad puesta en la escena*.

Con el tiempo, la vida me permitió la fortuna de gestar eventos con el maestro antioqueño Carlos Alberto Londoño, creador del formato pionero de Festivales de Danza en Pareja